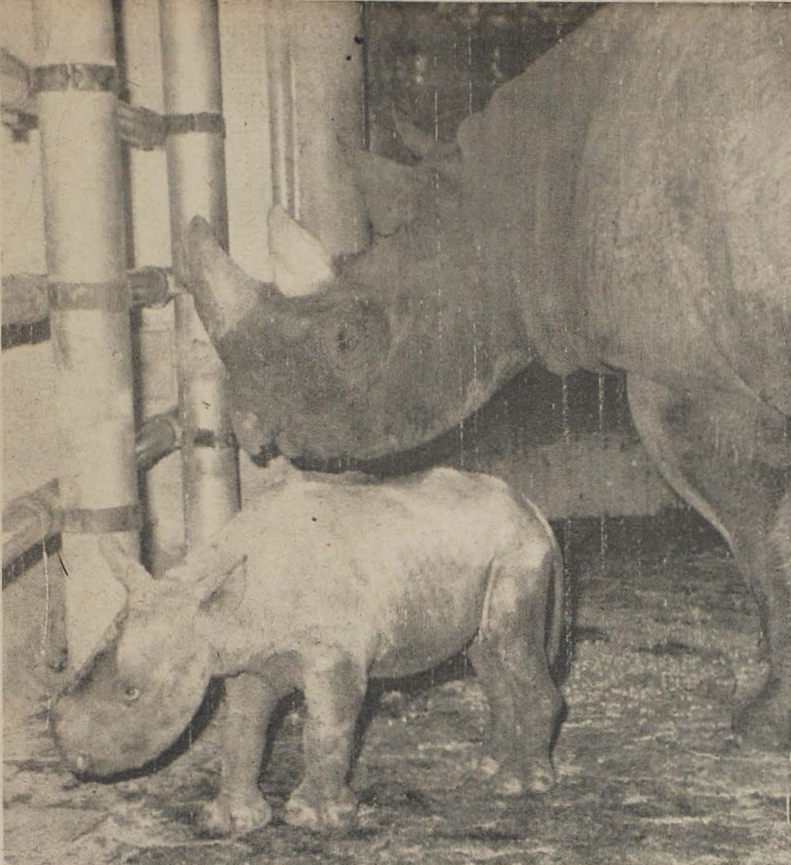




Un tierno rinoceronte es protegido por su madre en un parque africano.

La leona, la cierva y la loba no han tomado clases de puericultura ni han consultado textos de psicología infantil. Sin embargo, gracias a su instinto, saben lo que tienen que hacer para convertir a sus cachorros en animales adultos integrados a la organización familiar y capacitados para comprender las rigurosas leyes de la selva. Todos los animales, el elefante y la ardilla, el mico y el tigre, tienen problemas con sus críos. Pero esos problemas son mínimos si se comparan con los que tienen que afrontar, especialmente en el verano, el macho jefe de una manada de focas. A él le está encomendado el orden de una familia compuesta por medio centenar de beligerantes esposas y un grupo numeroso de cachorros de diversas edades. Durante todo el verano, debe mantener una actitud vigilante y proceder siempre con rigor, evitando que los machos jóvenes le roben sus esposas o que se descuide a la prole, que representa la supervivencia de la especie. Permanece atento día y noche. Come y bebe de vez en cuando, y por tanto agota sus reservas de grasa. Al terminar el verano, el macho que encabeza la manada de focas, presenta un aspecto físico desolador: delgado y casi exhausto. Pero debe sentirse satisfecho, pues ha cumplido rigurosamente la responsabilidad que le corresponde como vigilante y defensor de la manada.

En el extremo opuesto al de la foca macho está la pava australiana. Cuando llega la época del desove, con cierta indiferencia busca un montón de materia vegetal en descomposición y allí entierra sus huevos, olvidándose en seguida de ellos. Los huevos son incubados por el calor que produce la descomposición del detritus vegetal, y los pollos, luego de romper el cáscarón, se abren camino entre la basura, y sin el auxilio maternal inician su propia vida en un ambiente no siempre seguro.

Entre el comportamiento de la foca y la pava, hay en el reino animal tantos grados de responsabilidad paterna y materna como especies existen.

El Indefenso Oso Gris

De todos los animales recién nacidos, ninguno parece más indefenso que el oso gris. Nacido en pleno invierno, un cachorro de oso gris es un pequeño montón de carne y pelo. Sus ojos están completamente cerrados y sus miembros son débiles e inútiles. Abandonado, moriría sin remedio. Por fortuna, los elementos que rodean al oso gris durante su infancia no podrían ser más amables. Su nacimiento tiene lugar cuando su madre cae en el prolongado sueño del invierno.

Durante los meses siguientes, pasados en el fondo del cubil, el frágil cuerpo del cachorro se desarrolla y fortalece con la nutritiva leche de su madre. Sus pequeños y lacrimosos ojos se abren, y su voz, un débil maullido en el momento del nacimiento, se hace fuerte y penetrante. Al principio, el animal se arrastra de un lado a otro sobre su estómago; pero a medida que va adquiriendo fuerzas, se aventura a dar los primeros pasos sobre sus temblorosas patas. El cachorro aprende a distinguir a su madre, y a comprender y seguir sus órdenes.

Cuando, finalmente, llega el gran día en que el cachorro acompaña por primera vez a su madre al mundo exterior lleno de peligros, ya sabe como acumular y aprovechar las nuevas experiencias. Bajo la constante vigilancia de su madre, comienza a probar las frutas que le servirán de alimento. La mamá osa le enseña a desenterrar las raíces comestibles y a apoderarse de la miel de las abejas silvestres. También le enseña, jugando, el arte de defenderse, y en horas graves, señala al cachorro sus enemigos. Las le-

La madre le coloca una vez más sus manos en la rama y lo deja solo. El proceso es pacientemente repetido hasta que el joven animal se acostumbra a colgarse por sí mismo y comienza a disfrutar de una relativa independencia.

La madre interviene también para enseñar al joven a andar y el pequeño chimpancé lo hace torpemente en tres patas, tropezando con todo lo que encuentra. Pero el animal comprende pronto que es más fácil andar en cuatro patas que hacerlo en tres y agarrándose a su madre con la cuarta.

A partir de ese momento, el chimpancé adolescente comienza a hacer la vida imposible a todo el mundo. Asusta a su padre, dejándose caer de improviso sobre su vientre, y molesta a sus hermanos, haciéndoles prorrumpir en una serenata de frenéticos chillidos. Cuando sus travesuras despiertan la hostilidad de las víctimas y el chimpancé ve un peligro inminente de ser castigado por ellas, comienza a chillar con toda la fuerza de sus pulmones y echa a correr, hasta alcanzar los brazos siempre abiertos y protectores de su madre.

El pequeño chimpancé sigue con su familia hasta que, con el tiempo, su padre ve en él un futuro competidor. Cuando esto ocurre, es expulsado del grupo familiar y tiene que establecerse por cuenta propia. Es en ese momento cuando, por lo general, busca compañía y empieza a formar una familia.

La Infancia del Cóndor

Las crías de muchas especies de pájaros tienen, como el chimpancé, un desarrollo excesivamente lento y son miembros del grupo familiar durante largo tiempo. Los loros, los pelicanos y los cuervos salen del huevo indefensos y total o parcialmente desplumados. Pocas personas han

cóndor voló por primera vez, y entonces sólo sus mustos y cuello seguían cubiertos de pelusa.

A la edad de dos años y medio todavía estaba cubierto por el plumaje pardusco de la infancia, aunque era ya tan grande como sus padres.

Una Miniatura Perfecta

Una joven jirafa podría mirar con desprecio a criaturas tan mimadas e indefensas como un pollo de cóndor y un pequeño chimpancé. Antes de una hora después de nacer, la cría de jirafa está en pie y dotada de un notable, aunque incompleto, grado de coordinación. Es, desde todo punto de vista, perfecta miniatura de su descomunal madre. Está bien desarrollada, y dos protuberancias negras en su frente ofrecen una evidencia de los cuernos que le crecerán más tarde.

Los primeros pasos de la pequeña jirafa son cautelosos e inseguros; pero a los pocos días, el animal ha dominado adecuadamente el arte de caminar. El correr es una cuestión diferente y los primeros intentos suelen acabar en fracaso. Para la jirafita le es bastante fácil comenzar, pero, una vez lanzada, es incapaz de detenerse. No tiene más remedio que seguir corriendo, inclinándose cada vez más hacia adelante, hasta que cae torpemente al suelo, hecha un verdadero nudo con las patas.

Pero testadura e intrépida, se levanta y lo intenta de nuevo. Y sigue practicando pacientemente, hasta que acaba por dominar el gracioso estilo de galope, característico de las jirafas.

Las jirafas recién nacidas no parecen tener en absoluto ningún miedo y hacen poco caso de los temores de su madre. Cualquier sentido de precaución que puedan poseer al nacer queda superado por una innata curiosidad hacia todo lo que anda o se arrastra.

Intimididades de la Familia Animal

ciones de este primer año tienen una importancia vital, porque en el segundo la madre, sin abandonarlo, dejará al cachorro que afronte solo los problemas de la vida.

Los Pobrecitos Chimpancés

Un chimpancé recién nacido también depende por completo de su madre. Su cuerpo, de piel sonrosada, está casi totalmente desprovisto de pelo y su cabeza está arrugada. Sus miembros son delgados y débiles, y al principio sólo le sirven para agarrarse al abdomen de su madre. El joven chimpancé se agarra tan fuertemente con las manos y pies a los mechones del áspero pelo de la madre, que parece un perezoso, colgado boca abajo mientras su madre anda de un lado para otro en cuatro patas.

Cuando el chimpancé ha alcanzado la edad de ocho a nueve meses, su madre se cansa de su carga y decide que ha llegado el momento de prepararlo para que haga su propia vida. Desnuda de sus pelos los minúsculos puños y los pone alrededor de una rama. Después coge al pequeño por la cintura y se lo quita de encima. Asustado y extrañado, el cachorro se suelta de la rama y cae al suelo.

tenido el privilegio de presenciar lo que quizá sea la más maravillosa de las transformaciones de un ave, en la que un montón informe de carne cubierto de pelusa asume las características que distinguen a un majestuoso cóndor de los Andes. Los empleados del Parque Zoológico de San Diego (EE.UU.) fueron, hace pocos años, unos de esos privilegiados. En la primavera de 1972, el cóndor hembra depositó su huevo de color crema en una grieta de las rocas de su jaula, en el parque. Allí, el huevo fue incubado, primero por el padre y luego por la madre, y siempre cuidado con solicitud.

Finalmente, al cabo de 56 días, salió un pequeño ser que no se parecía en absoluto a sus espléndidos padres. Su cuerpo era informe y estaba cubierto de una pelusilla gris, pero ya en el momento de salir del huevo el polluelo ostentaba una rudimentaria cresta sobre su cabeza, señal inequívoca de que era un cóndor macho.

Durante cuatro meses, permaneció en el nido y sus padres le llevaban alimentos continuamente. Cuando abandonó el nido el color de su cuerpo era de chocolate oscuro. Las alas tenían plumas, pero el resto de su cuerpo seguía cubierto con la pelusilla. A los ocho meses, el polluelo de

Ninguna madre del reino animal se preocupa más por el bienestar de sus crías que una jirafa, y seguramente ninguna cría requiere una vigilancia más constante que las suyas. La pequeña jirafa es un pobre contrincante para un leopardo, un león, una manada de perros salvajes o cualquiera de los otros carnívoros que acogerían con gusto una merienda de jirafa joven y tierna. Por fortuna, la jirafa crece rápidamente y aprende pronto que la curiosidad desmedida lleva casi invariablemente a un disgusto. Su madre le enseña a emplear el largo cuello como una torre de observación, ella aprende que todo lo que se ve desde esa altura debe ser considerado peligroso, hasta que no se pruebe lo contrario.

Al comparar jirafas y cóndores con la pava australiana, se podría sentir inclinado a creer que las hembras de las dos primeras son "buenas madres" y que la última es una "madre desalmada". Pero no es este el caso, ya que todas ellas sólo hacen lo necesario para adaptar a sus hijos a la vida que les espera. Las diferencias que observamos y que tratamos de medir de acuerdo con los hábitos humanos, son sólo una prueba de la rica variedad que tiene la vida con sus múltiples especies. (CIMPEC).